

EL CABALLERO DEL CISNE (LOHENGRIN)

7º-8º

La leyenda del Caballero del Cisne tiene su origen en la literatura medieval germánica. La versión más conocida es la que aparece al final del Parzival de Wolfram von Eschenbach (ca. 1170–1220), donde se presenta a Loherangrin, hijo de Parsifal y caballero del Santo Grial. Posteriormente, el poeta Konrad von Würzburg (ca. 1220–1287) escribió una versión titulada El caballero del cisne.

La leyenda también tiene versiones en la tradición castellana, como la que aparece en la Gran Conquista de Ultramar (finales del siglo XIII o principios del XIV). La versión más famosa hoy en día es la que Richard Wagner inmortalizó en su ópera Lohengrin (estrenada en 1850).

La Leyenda

En el ducado de Brabante, en tierras de Flandes, vivía el viejo duque, un hombre justo y temido por sus enemigos. Pero los años pesaban sobre sus hombros, y sintiendo que su hora se acercaba, llamó a su lado a su única hija, la princesa Elsa, una joven de cabellos dorados como el trigo y ojos del color del mar en calma.

—Elsa —le dijo el duque con voz entrecortada—, mi tiempo en esta tierra se acaba. Tú eres mi heredera. Gobierna con sabiduría, sé justa con los pobres y no permitas que la codicia de los hombres manche nuestro linaje.

Y dicho esto, el duque cerró los ojos y partió hacia el reino de los cielos.

Elsa, fiel a la promesa hecha a su padre, gobernó el ducado con mano firme y corazón bondadoso. Pero no todos en la corte veían con buenos ojos que una mujer ocupara el trono. El más ambicioso de todos era el conde Federico de Telramund, un hombre de mirada fría y alma oscura, que había sido el consejero más cercano del duque y que había alimentado en secreto la esperanza de casarse con Elsa y apoderarse del ducado.

Pero Elsa, que veía a través de las apariencias, había rechazado sus pretensiones. Y Federico, herido en su orgullo, juró vengarse.

Una noche, el joven duque Godofredo, hermano de Elsa, desapareció sin dejar rastro. Las lenguas venenosas comenzaron a susurrar en los rincones del castillo: *"Ha sido Elsa. Ha asesinado a su propio hermano para quedarse con el trono."* Y aunque no había pruebas, la mentira, como una niebla tóxica, fue extendiéndose por todo el ducado.

Federico de Telramund, viendo llegada su oportunidad, se presentó ante el rey de Alemania, que era el señor supremo de aquellos territorios, y alzó su voz acusadora:

—¡Majestad! —exclamó—. La princesa Elsa ha asesinado a su hermano Godofredo para usurpar el trono de Brabante. ¡Exijo que sea juzgada y que se me conceda el derecho de combatir contra ella en duelo judicial!

El rey, que conocía la reputación de Federico como guerrero, dudó. Pero las leyes del imperio eran claras: ante una acusación de asesinato, la persona acusada tenía derecho a defenderse en combate, y si no encontraba **un campeón que luchara por ella**, sería considerada culpable.

Elsa, al ser informada de la acusación, sintió que el mundo se derrumbaba a sus pies. No había matado a su hermano. No sabía dónde estaba. Pero *¿cómo iba a probarlo? ¿Y quién iba a arriesgar su vida por una princesa acusada de parricidio?*

El día del juicio llegó. La plaza del castillo de Brabante estaba abarrotada de nobles, soldados y campesinos que habían acudido desde todas las aldeas del ducado. En el centro, se había levantado una plataforma de madera donde tendría lugar el combate. Federico de Telramund, vestido con su armadura más reluciente, esperaba impaciente, seguro de su victoria.

Elsa, pálida como la luna, subió a la plataforma vestida de blanco, como una doncella que va al sacrificio. Miró a su alrededor, buscando una mirada amiga, pero solo encontró rostros indiferentes o hostiles.

—¿Quién, entre todos los presentes —preguntó el rey con voz grave—, se ofrece como campeón de la princesa Elsa de Brabante?

El silencio fue absoluto. Ni un solo caballero dio un paso al frente. Elsa, con lágrimas en los ojos, cayó de rodillas y elevó su plegaria al cielo.

—Señor —susurró— Tú que ves el fondo de los corazones, Tú que sabes que soy inocente, envíame un defensor. No permitas que la mentira triunfe sobre la verdad.

En ese momento, ocurrió un prodigio que dejó a todos mudos de asombro.

Las aguas del río Escalda, que discurría junto al castillo, comenzaron a agitarse. Una luz cegadora emergió de sus profundidades y, sobre las olas, apareció una barca blanca, tirada por un cisne de plata cuyo plumaje brillaba como la escarcha bajo la luna. El cisne remaba con sus patas palmeadas, deslizándose la barca con una gracia sobrenatural.

En la barca, de pie, con una armadura que relucía como el sol naciente, había **un caballero** de noble porte. En su mano derecha empuñaba una espada de hoja brillante; en la izquierda, un cuerno de marfil. Su rostro, joven y hermoso, irradiaba una luz que no era de este mundo.

La barca atracó en la orilla. El caballero desembarcó, y el cisne, como si comprendiera su misión, se quedó inmóvil, esperando.

El caballero avanzó hacia la plaza. Todos los presentes se apartaron a su paso, como si una fuerza invisible los empujara. Llegó hasta donde Elsa yacía arrodillada, y se arrodilló también.

—Princesa —dijo, con una voz que parecía venir de un sueño—. He venido desde muy lejos para ofreceros mi espada. ¿Aceptáis que luche por vuestra inocencia?

Elsa levantó la mirada y, al ver aquel rostro tan noble y sereno, sintió que su corazón daba un vuelco.

—Sí —respondió, con voz temblorosa—. Acepto.

Pero decidme, señor caballero... ¿quién sois? ¿De dónde venís?

El caballero, con una sonrisa triste, negó con la cabeza.

—Princesa —dijo—, no puedo deciros mi nombre ni mi origen. Si lo hiciera, todo este prodigio se desvanecería y yo debería regresar a mi tierra. Confíad en mí. Creed en mi espada. Y, sobre todo, nunca me preguntéis quién soy. Si respetáis este voto, todo irá bien.

Elsa, aunque la curiosidad quemaba en su pecho, asintió.

—Lo prometo —dijo.

El combate fue breve pero terrible. Federico de Telramund, confiado en su fuerza y experiencia, atacó con furia al caballero desconocido. Pero la espada de este se movía con una velocidad y una precisión que no eran humanas. Cada golpe de Federico era desviado con una elegancia que arrancaba suspiros de admiración entre los espectadores.

Finalmente, el caballero del cisne asestó un golpe certero. La espada de Federico voló por los aires y el conde cayó de rodillas, derrotado.

—¡Confiesa! —ordenó el caballero, poniendo la punta de su espada sobre el cuello del vencido—. ¡Confiesa que has mentido!

Federico, temblando de miedo, no pudo negar la evidencia.

—¡Sí! —gritó—. ¡He mentido! Elsa no mató a su hermano. Yo inventé la acusación para apoderarme del ducado.

Un murmullo de indignación recorrió la multitud. El rey, con el rostro encendido de ira, ordenó que Federico fuera desterrado de por vida.

Elsa, libre de la acusación, corrió hacia el caballero y lo abrazó.

—Os lo debo todo —dijo, con lágrimas de alegría—. Mi vida, mi honor, mi reino. No hay recompensa que pueda pagar lo que habéis hecho por mí.

El caballero la miró con una ternura infinita.

—Princesa —dijo—, no busco recompensa. Solo busco servir a la justicia. Pero, si me lo permitís, me gustaría quedaros a vuestro lado. Como esposo, si vos lo deseáis.

Elsa, que desde el primer momento había sentido que su corazón le pertenecía, aceptó sin dudar.

La boda de Elsa y el caballero del cisne fue celebrada con gran pompa en la catedral de Brabante. El rey de Alemania, en persona, ofició la ceremonia. Y el caballero, que había llegado en una barca tirada por un cisne, se convirtió en el nuevo duque de Brabante.

Durante años, gobernó con sabiduría y justicia. Su nombre seguía siendo un misterio, pero nadie se atrevía a preguntarle. Elsa, fiel a su promesa, nunca lo hizo. Pero la curiosidad, como una llama oculta, seguía ardiendo en su pecho.

Fue entonces cuando llegó a la corte la esposa de Federico de Telramund, una mujer de lengua viperina y alma envenenada. Aunque su esposo había sido desterrado, ella había logrado permanecer en el reino, y su odio hacia Elsa y el caballero no había hecho más que crecer.

Una noche, mientras Elsa paseaba por los jardines del castillo, la mujer se acercó a ella con una sonrisa falsa.

—Princesa —susurró—, ¿no os ha dicho nunca vuestro esposo quién es? ¿No os ha contado de dónde viene? ¿No os parece extraño que un hombre tan poderoso oculte su identidad?

Elsa sintió que la duda, como un gusano, comenzaba a roer su corazón.

—Él me pidió que no preguntara —respondió, con voz vacilante—. Y yo le di mi palabra.

—Palabra de princesa —insistió la mujer, con tono venenoso—. Pero ¿y si os está engañando? ¿Y si no es quien dice ser? ¿Y si ha venido a robaros el reino? Pensadlo, princesa. Pensadlo bien.

Las palabras de la mujer se clavaron en el alma de Elsa como espadas envenenadas. Esa noche, no pudo dormir. Dio vueltas en su lecho, atormentada por la duda. Y cuando la luna estaba en lo más alto del cielo, se levantó, se acercó a la cama de su esposo y, con lágrimas en los ojos, le susurró:

—Dime tu nombre. Dime quién eres. Te lo ruego.

El caballero abrió los ojos. En su mirada, Elsa vio una tristeza infinita.

—Elsa —dijo, con voz quebrada—. Me has pedido lo único que no podía darte. Has roto tu promesa.

Elsa, arrepentida, intentó retractarse.

—¡No! —gritó—. ¡Olvida lo que he dicho! ¡No quiero saberlo!

Pero ya era tarde. El hechizo se había roto.

Al día siguiente, el caballero reunió a toda la corte en la gran plaza del castillo. Su rostro, antes radiante, estaba ahora pálido y sombrío. El cisne de plata, que había permanecido años esperando en el río, había regresado y estaba atado a la barca blanca.

—Señores —dijo el caballero, con voz firme pero triste—. Mi esposa me ha preguntado quién soy. Y aunque ella se ha arrepentido, la pregunta ha sido hecha. Ya no puedo quedarme.

Se volvió hacia Elsa, que lloraba desconsoladamente.

—Elsa —dijo—. Mi nombre es Lohengrin. Soy hijo de Parsifal, el rey del Santo Grial, y caballero de Montsalvat, la montaña sagrada donde se custodia el Grial. Mi misión en la tierra era proteger a los inocentes y servir a la justicia. Pero el Grial solo envía a sus caballeros allí donde no se les pregunta. Una vez que se conoce su origen, deben regresar.

Dicho esto, Lohengrin se despidió de Elsa con un beso en la frente, subió a la barca blanca y, mientras el cisne de plata comenzaba a remar río abajo, desapareció entre la bruma del amanecer. Elsa, sumida en una profunda pena, pasó el resto de sus días esperando en la orilla del río, mirando el horizonte, con la esperanza de que algún día el cisne regresara trayendo a su amado. Pero nunca volvió.

Y así, la leyenda del Caballero del Cisne se convirtió en un recordatorio de que el amor verdadero exige confianza, y que hay preguntas que, una vez hechas, no pueden deshacerse.